

TOMÁS PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para la historia de una nación*, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, «Ambas orillas», 467 pp. ISBN 9789681213435

Aunque se ocupa de las imágenes de España en el debate público mexicano entre 1836-1867, en realidad el tema del libro de Tomás Pérez Vejo es, como se dice con acierto en el subtítulo, la construcción de la idea de nación en México, la construcción de la identidad nacional mexicana. Y eso es así porque las imágenes sobre España y los españoles que hemos construido los mexicanos a lo largo de nuestra historia —lo dijo hace tiempo ya David Brading— constituyen uno de los temas básicos del vocabulario ideológico del nacionalismo mexicano. Los otros dos, por si hiciera falta recordarlo, son la recuperación mítica del pasado indígena (el llamado neoztequismo) y la devoción a la imagen de la virgen de Guadalupe. Pero a diferencia del guadalupanismo y el indigenismo, la hispanofobia —y su reverso, la hispanofilia— no sólo ha sido menos estudiada, sino le ha conferido a ese proceso una marca de exclusión y de violencia que en ocasiones llegó a ser dramática.

Como se advierte en el libro, la relación de México con España y los españoles ha sido conflictiva, contradictoria, ambigua, llena de sutilezas, marcada por una actitud oscilante de amor y odio. Eso tiene que ver con el hecho de que en el México del siglo XIX los españoles no fueron cualquier tipo de extranjeros, como muy acertadamente afirma Tomás: se trataba de un otro que hacía poco tiempo era un nosotros.

Así que comparto la idea de que hispanofobia e hispanofilia parecen ser caras de una misma moneda. Sin embargo, cuando revisamos los testimonios de trabajos como el de Pérez Vejo, tiende a ser dominante el primer aspecto de la relación con España y los españoles, el de la animadversión.

Es revelador el capítulo V, titulado precisamente así, “El debate de los españoles. 1. Hispanofobia e hispanofilia”, pues encontramos en él muy pocas muestras de las filias a España y sus hijos residentes en México y en cambio muchos ejemplos de las fobias, resumidas en el caso paradigmático de las muertes de españoles en un par de haciendas del área de Cuernavaca. Tengo para mí, que el polo dominante en la relación con España y los españoles ha sido el del recelo y el odio, por lo menos en lo que hace al siglo XIX, y quizá una parte importante del XX. De ser así, creo yo, podríamos decir que, en el caso de México, la hispanofobia es el elemento que ha vinculado el fenómeno de la violencia con el proceso de construcción de la identidad nacional.

Y he ahí una de las primeras virtudes del libro de Pérez Vejo: es oportuno, pues es relativamente escasa la producción de obras sobre el tema del nacionalismo mexicano y la identidad nacional en el siglo XIX. Salvo los trabajos seminales de David Brading y Josefina Vázquez, más otros posteriores como aquel que compiló Cecilia Noriega, o los de François-Xavier Guerra, Agustín Basave, Enrique Plasencia y Alfredo Ávila, poco es realmente lo que se ha publicado al respecto. Circunstancia que, a mi juicio, podría explicarse en parte como efecto del mismo relato nacionalista, es decir, si la nación es casi eterna, si ha estado ahí siempre, intemporal, como el aire o el agua, su historia por sabida no requiere ser contada.

O quizá, su historia no quiere ser contada porque teme descubrirse distinta en realidad, porque teme revelar sus secretos más profundos. No vaya a resultar que no somos eso que hemos creído ser. Y es que la historia de la nación —quiero decir, la historia crítica— puede tocar, o trastocar, el relato sobre la identidad nacional, ese fenómeno tan elusivo como cierto, tal y como se advierte en las estupendas páginas escritas por Tomás Pérez Vejo. De ahí que pueda decirse que la oportunidad del libro se revela también en la actualidad de los temas que trata. ¿Hemos podido responder los mexicanos la pregunta acerca de qué somos? Me temo que no, y quizá porque la respuesta no existe o tal vez porque ésta va transformándose al ritmo en que discurre el fluir del tiempo. Pero el caso es que precisamente por eso los estudios sobre la construcción de la nación son siempre bienvenidos, y más si se trata de buenos estudios.

Y ése es otro rasgo del libro: es un excelente estudio, de buena factura, ampliamente documentado, guiado por preguntas penetrantes, lleno de sugerencias. Es un libro inteligente y destaco un doble rasgo que me hace pensar así: logra un equilibrio entre la enorme masa documental que beneficia y las preocupaciones teóricas en las cuales se inserta. Me parece de particular interés la apuesta de Pérez Vejo por pensar un modelo específicamente hispanoamericano de construcción de la nación, tema tan injusto y ausente en las obras teóricas sobre el nacionalismo y la nación a excepción hecha del multicitado libro de Benedict Anderson, pero cuyo tratamiento específico del caso latinoamericano ha sido también tan cuestionado. Apelando a las peculiaridades históricas del proceso hispanoamericano de formación de la nación —en el que destacan la identificación de

lengua y cultura respecto de la metrópoli y el rechazo a la estructura monárquica precedente—, el autor postula que una teoría de la nación que no incluya a Latinoamérica será siempre insuficiente.

Pero el libro de Tomás Pérez es de igual forma provocativo, porque se formulan en él proposiciones y sugerencias polémicas. Hay una en particular que a mí me hizo pensar el asunto una y otra vez. Siguiendo a Claus Offe, el autor ha dicho que los conflictos políticos que atraviesan a la sociedad moderna son básicamente tres: los que se basan en el interés, en la ideología y en la identidad. Los que trata en su libro, relativos a las imágenes mexicanas de España, se inscriben en este último tipo, el de la identidad. Y al respecto afirma que a diferencia de las ideas y las ideologías, sobre las cuales se puede llegar a acuerdos y consensos, las identidades no se negocian. Por eso, dice Tomás, el debate sobre España y los españoles, que no era otra cosa sino el debate sobre qué somos, fue tan virulento. Pero yo me pregunto si de verdad es así, o sea, si de verdad las identidades son innegociables.

A mí me parece que esa conclusión se apega al tenor de las fuentes del libro, que nos muestran en efecto una disputa muy polarizada, muy esquemática, entre hispanófilos e hispanófobos. Pero creo que, como el mismo autor previene, no debemos olvidar los matices, y es entonces cuando es posible encontrar evidencias de posturas y actitudes menos radicales. Me pregunto si la visión mestiza del mexicano, de un Justo Sierra o de un Andrés Molina Enríquez, no puede verse como una especie de transacción identitaria entre aquellas posturas tan antitéticas. Sierra señalaba que la familia mestiza era la mexicana por excelencia, mientras que Molina Enríquez

argumentaba que el mestizo estaba llamado a ser el núcleo de la nacionalidad mexicana, por su “naturaleza antropológica y su fuerza selectiva” que le venía de la “resistente” sangre indígena modificada positivamente por la sangre española.¹

Claro, esto lo escribió Molina Enríquez en vísperas de la revolución mexicana; pero muchos años antes que él hubo otros pensadores que se acercaron bastante a la idea mestizofílica de Molina. Ignacio Ramírez o Francisco Pimentel. El *Nigromante* llegó a afirmar, en 1872, que el hombre del porvenir no podría vanagloriarse de la “unidad de su procedencia” pues su sangre sería al mismo tiempo africana, esquimal, caucásica y azteca. Mientras que Pimentel escribió en los tiempos del segundo imperio en favor del mestizaje, aunque ciertamente la raza mixta que él quería no era sino una raza de transición hacia un México criollo.²

Otro ejemplo que viene al caso es el siguiente: en plena revolución de Ayutla, Ignacio Vallarta afirmó en septiembre de 1858 que la revolución “que hoy trabaja a nuestra patria” no era más que “el complemento de la que Hidalgo inició en Dolores”, pues el partido realista que éste había combatido se había transformado, cambiando sólo de nombre, en el partido conservador, formado por las clases privilegiadas, el clero y los militares, es decir, los partidarios del retroceso.³ Pero un año más tarde, en Orizaba, Joaquín

¹ Véase Agustín BASAVE BENÍTEZ, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 65.

² Véase Agustín BASAVE BENÍTEZ, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, pp. 21-28.

³ *Discurso pronunciado en la ciudad de Sayula por el C. Licenciado Ignacio L. Vallarta, el día 16 de septiembre de 1858, en solemnidad de la*

Arróniz salió en defensa de aquellas clases privilegiadas al recordar en su alocución que la revolución de independencia la habían realizado precisamente los clérigos y los militares como Hidalgo, Morelos y Matamoros, y como Allende, Aldama, Abasolo y Bravo.⁴

¿Qué quiero decir al citar todas estas referencias? Que en estas disputas identitarias en torno de la valoración de los hombres de la independencia, o al papel y significado de la herencia española e indígena, es posible advertir soluciones de compromiso. Yo creo al menos que así se puede percibir la tentativa de legitimar el gobierno monárquico — tan caro a los grupos conservadores e hispanófilos — a través de la figura de Hidalgo — tan cara a los grupos liberales e hispanofóbicos —, lo que podría llevarnos a matizar esa afirmación tan contundente sobre la índole innegociable de las identidades. Y es que, como todo fenómeno histórico, éstas son también susceptibles a los cambios, de una manera más lenta e imperceptible quizás.

Lo que sí queda claro es que este asunto de la identidad nacional es bastante complicado. Parecería, por los testimonios aducidos por Tomás en su libro, que la disputa se plantea entre las opciones de dar más peso al legado español o dársele al legado indígena. Ojalá fuera tan simple, pero me temo que no es así. No somos españoles ni indígenas, sino todo eso y más, lo cual tampoco es decir nada, y aquí parece que me acerco más al fraseo de Cantinflas que a las disquisicio-

gloriosa revolución de la independencia mexicana, Sayula, Imprenta del Ejército Federal, 1858, pp. 12 y 13.

⁴ Enrique PLASENCIA DE LA PARRA, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Conaculta, 1991, p. 104.

nes de Gellner o de Anderson, lo cual quiere decir que debo ir terminando ya esta reseña. Terminó diciendo que se trata en efecto de un tema tan fascinante como difícil, y por eso no podemos más que congratularnos por este nuevo e inteligente libro de Tomás Pérez Vejo que arroja luz en el fondo de sombras y tinieblas que es el pozo de nuestra identidad.

Marco Antonio Landavazo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Diálogos en torno de un texto: sobre dos reseñas de *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para la historia de una nación*.

Quiero comenzar agradeciendo a los editores de *Historia Mexicana* la posibilidad, no de responder a dos reseñas, cualquier reseña es para el autor motivo de reflexión, no de respuesta, sino de entablar un diálogo a propósito de algunos aspectos que considero de especial relevancia para la historiografía mexicana en estos momentos. Agradecimiento doble, ya que si por un lado me permite seguir discutiendo sobre temas que han sido el centro de mi trabajo como historiador en los últimos años; por otra, me permite hacerlo al hilo de los comentarios de dos colegas de cuya obra el libro reseñado es en parte deudor.

Coincido tanto con Erika Pani como con Marco Antonio Landavazo en que el núcleo del libro, a pesar del título, no son las relaciones México-España, ni siquiera la imagen de España en México, sino el problema de la nación en